

Seguirás en pie después del sismo

Miguel Ángel Florán Bautista*

1

Quiero que sepas que ya no te quiero, sentenció el chico. Clara escuchó incrédula las palabras pronunciadas en un solo golpe, sintió como si un rayo cayera junto a ella. Observó la cara inexpresiva del muchacho y buscó alguna señal que le indicara que se trataba de una broma. Era el mismo rostro que hacía algunos meses la había observado con algo muy parecido a la ternura. Él, hasta hace unos días, la tomó de la mano de la mano y le dijo que la amaba. ¿Ahora por qué decía esas cosas?

Clara no podía articular palabra alguna, en su mente se mezcló la amargura y el dolor. Algo había colapsado dentro de ella. Pero la luz de la esperanza aún resplandecía. Quizás escuchó mal, así que se acercó a los labios del chico, buscando algún beso, intentando ser correspondida.

No quiero verte ya, Clara, ultimó el muchacho mientras apartaba su rostro. Entonces, ella entendió. Las palabras se colaron como un ejército de alfileres sobre su pecho de gorrión, incontenibles. Luego, sólo el aire cálido entrelazó sus manos morenas. Y sin siquiera decir adiós, él se marchó para siempre. Y ahí, en una de las bancas del parque, Clara se cubrió de oscuridad. Bajo el sol de las tres de la tarde de un día de agosto, las penumbras descendieron en sus ojitos de nube y comenzó a llover sin tregua dentro de su corazón.

2

Era un poco más allá de la una de la tarde cuando la realidad cambió para siempre. Un día martes cualquiera de un septiembre más, de un año a punto de extinguirse. Era un

* Egresado de Maestría en Salud Pública en el Instituto Nacional de Salud Pública de México.

día normal en la vida: los niños por salir de la escuela, la gente recorriendo las calles en Cuernavaca, el aire caliente elevándose en los cañaverales de Morelos. Y sin aviso, la tierra nos meció como si fuéramos hojarasca, como si las casas no pesaran, como si los árboles fueran paja. ¿Era real lo que sucedía? Luego, un movimiento violento, la incertidumbre, un caminar sin rumbo fijo en búsqueda de una salida, con el polvo y los cristales molidos cayendo sobre nuestros hombros.

Todo amenaza con colapsar. No termina. Los ojos con lágrimas en vilo. Huele a pánico. Los gritos inundan el aire. Los estruendos emponzoñan la mente. Entonces, la idea de muerte se hace tangible, su presencia se dibuja entre los sollozos. Esta es la verdadera fragilidad de la vida, es la llama de la vela a punto de extinguirse, es la gota a punto de caer desde la hoja hacia el vacío. Nos preparamos para un golpe. Sin embargo, el movimiento comienza a cesar lentamente, hasta que el suelo queda en calma de nuevo. Seguimos respirando. Continuamos en pie y logramos salir al cielo nublado. Todo es confuso. Nadie sabe de sus familiares. Nada es claro, sólo los videos que llegan y vienen en los móviles. La destrucción se está dando a conocer poco a poco. Ahora el polvo cubre las calles del centro de la ciudad que alguna vez recorrimos tantas noches. El nuevo mundo nace del polvo. Nadie comprende lo sucedido, mucho menos Clara, quien agradece a Dios y limpia con sus manos los cristales que cayeron sobre sus hombros. En sus ojitos empapados de llanto presencié la suma de toda su vida. Los buenos momentos y las malas tardes. Y ahí entre el caos, Clara descubrió que no había sido feliz.

3

- ¿Me quieres?
- Claro que sí, Clara.
- ¿Seguro?
- Muy, muy seguro.
- A veces siento que no, que lo dices por pura costumbre.
- Si fuera costumbre, ya me habría cansado, créeme.
- No deberías de hablar así.
- ¿Cómo?
- Así, frío.
- No soy frío, tú eres demasiado sensible.

Los cabellos oscuros de la chica se mecieron suavemente frente a su rostro de luz, sólo que nadie fue testigo de esa epifanía, tan sólo el viento.

—Bueno, mira, esa niña está bien divertida con su globo— dice ella y señala a una chiquilla de unos cinco años cerca de ellos—. ¿Sabes? Me gusta venir a la plaza, aunque nunca haya dónde sentarse.

— ¿Sí? —contesta él distraído.

Ella lo miró como quien observa detenidamente un mapa. Él estaba viendo sin interés el tumulto de gente tomándose fotos en las letras gigantes de las escaleras que dicen CUERNAVACA.

—Ya, sé sincero, no te gusta venir acá, ¿cierto?

—No, la verdad no. Me engento bien rápido, a parte mañana tengo que madrugar y ya se está haciendo tarde.

—¿Ni si quiera podemos disfrutar un poco del fresco de la tarde?

—Pues si quieres...

Ella soltó su mano, esperó unos segundos para ver si él reaccionaba a la ausencia de contacto con su piel suave de durazno, mas no hubo respuesta. Ahora entre todo ese hervidero de gente, entre las risas de los niños jugueteando frente al palacio de gobierno, entre las burbujas que borboteaban en el aire cálido de junio, se sentía sola. No dijeron nada en el camino de regreso al estacionamiento ni las buenas noches cuando la pasó a dejar en la entrada de los edificios donde ella vivía, sólo silencio.

Ella soltó su mano, esperó unos segundos para ver si él reaccionaba a la ausencia de contacto con su piel suave de durazno, mas no hubo respuesta.

4

Cuernavaca, Morelos, 22 de julio de 2017

Mi querido rui señor:

Espero te encuentres viajando por alguno de esos pueblitos mágicos que tanto te gustan. Ya sé que te choca que te marque mientras vas manejando, así que me decidí a escribirte esta carta para que cuando llegues al hotel la leas en tu celular antes de dormir. Ojalá algún día se te ocurra escribirme una. Es más, me conformo con una notita escrita con esa letra tuya que se parece tanto a los jeroglíficos mayas. Guardo esa esperanza, pues sé que estas cursilerías no te agradan para nada, pero pues a mí sí. A veces imagino todas las cartas que jamás serán

leídas por las personas que se quieren por miedo a leer la sinceridad de sus sentimientos hechos letras. Para mí que ni guardas todas las que te he escrito, yo creo que esta es la última que te envío.

¿Sabes?, todas las tardes de esta semana me he quedado en silencio por muchas horas. Estoy haciendo mi tesis en el comedor y siempre abro las ventanas de la sala. Solamente el viento se cuele para mover las cortinas. A veces, un pájaro se acerca a las macetas que tengo en las jardineras del departamento. La soledad es palpable. Y recuerdo que esta casa se está haciendo cada día más vieja, así como yo. Ayer me encontré otra cana y me dolió tanto arrancarla. Ya no soy esa muchachita que tenía la cara lisa y suave como el terciopelo, a veces ni tengo tiempo de ir a correr, así que poco a poco lo único que crece es mi cintura.

Ojalá regreses pronto para que vayamos a visitar Guanajuato, me han dicho que está súper lindo. Me imaginé contigo caminando entre los callejones de cantera rosa. Cuando acabe este ir y venir de mi tesis, seré libre para viajar e ir a donde quiera. Y me ha pasado algo súper raro, amor, fíjate que hace días que no puedo dormir. Me pasa que cuando empiezo a cerrar mis ojos te me apareces recostado junto a mí. Y luego abro asustada mis pestañas y me doy cuenta que son puras sombras. Como si no fuera suficiente el no verte en el día, ahora ni de noche te distingo. ¿Por qué jamás puedo ver tu rostro en sueños?

Ayer me quedé viendo las pocas estrellas que alcanzo a ver con la luz de Cuernavaca. Son como los puntos para hacer líneas y escribir poemas, ¿no crees? Y que escribo en una hojita que tenía a la mano este verso: *Entre las líneas de la noche se pierden soñadores, susurran corazones, naufragan mil canciones, todas las palabras de amor pueden ser leídas*. Tengo fe en estas palabras. Ojalá algún día me quieras como yo lo hago, porque a veces siento que el corazón se me inflama de tanto amor que siento. Pero mira, si me muero, creo que Dios verá cuánto amor he dado y cuánto me han quedado a deber y creo que de-rechita que entro al cielo.

Pero mientras tanto, seguiré escuchando música y terminando mi tesis.

Ya está oscuro y sigo esperando que me llames.
Cuidate por favor que te quiere siempre,
Clara.

5

Todas las manos unidas separando los escombros. Muchachas y muchachos con palas en sus manos, mares de gente cargando despensas, garrafones con agua, latas, pañales, artículos de primera necesidad. Las calles destruidas, poco a poco se llenaban de esperanza con el caminar presuroso de los voluntarios. El polvo se levantaba perezoso con el aire aún fresco de la mañana. Paredes cuarteadas, techos colapsados, calles cerradas con metros de tiras de plástico amarillas, voces que lloran la pérdida humana. Dolor tangible. Esa era Jojutla herida, mas no vencida.

Clara observó familias acampando en el vasto patio de una iglesia, unos en sus automóviles, otras bajo las lonas. Se llenó de angustia. ¿Cuánto tiempo seguirían así? Y observó a jóvenes y viejos, niños y niñas, ir y venir, ¿a dónde iban? Vio a los voluntarios de la Cruz Roja haciendo guardia, al personal médico curando sin descanso, cada quien ayudaba según sus posibilidades.

Clara ajustó su tapabocas azul para evitar respirar de golpe el polvo. Caminaba por las calles acompañada por una de sus amigas de la universidad. Llevaban una despensa gigante. La dejarían en el primer albergue que encontraran. ¿Qué había sido de la ciudad que meses antes visitó? ¿Y del mercado y las plazas?

Y ahí, bajo los techos del albergue, observó a las mujeres haciendo comida en grandes cazuelas, chicas y chicos separando los víveres, alguien preparando agua de sabor. Todos los rostros tenían el rostro de la solidaridad. Todas las manos estaban ocupadas.

¿Cómo reconstruir todo el trabajo de una vida?, ¿cómo seguir adelante después de caerse?, se preguntó Clara, mientras dejaba la despensa. Supo que sería en vano sólo dejar la comida y regresar a sus casas. *Hay que ayudarles*, dijo a su amiga. Preguntaron cómo podían ser útiles y una de las brigadistas les encomendó ayudar a servir el desayuno en los platos de plástico que habían sido donados.

Entonces, Clara lavó sus manos y animosamente comenzó a servir los frijoles, el huevo con jamón y el arroz en los platos que le iban pasando. Una fila de niñas y niños comenzó a formarse frente a ella. Y algo nació dentro de su corazón. Algo comenzaba a brotar, como si una planta se liberara del cautiverio de su semilla. Con

La piel de su rostro
ya es perfecta,
siempre luce
teñida en ese tono
moreno gracias a
la caricia diaria
del sol. Luego,
como si se tratara
de una cascada,
la cabellera de
arena oscura cae
acariciando la
cintura de la chica.

cada "¡Gracias!" su alma se llenaba de luz. Veía los rostros de las madres, de las abuelas, de los esposos, de las niñas y niños que habían perdido todo. La gente seguía en pie después del sismo. Así era el espíritu humano, indomable.

Entonces Clara sintió una pequeña llama que empezaba a arder en su pecho. Una silenciosa luz nacía en ella. Con cada plato de comida entregado, sentía que algo se despejaba en su alma. Sabía que a partir de ese día, no sería la misma.

La reconstrucción de Jojutla había comenzado con esas pequeñas acciones, a pesar de que no se levantara aún ni una piedra. Primero había que separar el pasado, aliviar el dolor. Solamente el tiempo lo cura todo, reza la voz popular y Clara tuvo fe en el tiempo.

6

Las finas hebras surcan los dientecillos del fino peine como si fueran hechas de liviano aire. Una vez completada la tarea, la breve mano derecha colocada debajo del espejo el artificio y procedente a esculpir los ojos. En seguida, como si pintara un lienzo, retoca un poco las sombras de los párpados, por aquí y por allá, ensalzando los iris de almendra que resplandecen con la mañana. La piel de su rostro ya es perfecta, siempre luce teñida en ese tono moreno gracias a la caricia diaria del sol. Luego, como si se tratara de una cascada, la cabellera de arena oscura cae acariciando la cintura de la chica. El tono durazno tenue en sus labios da el toque final. Frente al espejo se dibuja Clara y en ese instante amanece la jornada.

Han sido semanas difíciles, nadie puede decir lo contrario. Existieron noches en que aún sentía un fino vibrar en su cama, como si el sismo se repitiera y su corazón palpitaba temeroso. Tomaba aire y esperaba en la oscuridad. Nada. Sólo la sensación de movimiento en su cabeza y después de un par de minutos volvía a conciliar el sueño.

Al fin, ella dejó de nombrar en silencio a quien por meses había saturado su mente, dejó de escribir las cartas inútiles que tanto disfrutaba hacer, olvidó eso a lo que llamaba amor (pero no lo era). Por unos días sintió las punzadas de la ansiedad en sus uñas, la comida dejó de saber, aún las mandarinas sabían a ceniza. El color se

evaporó de las flores en su jardinera. No existía rastro de paz en sus acciones.

Entonces, decidió ponerse en pie y reconstruirse. Mamá y papá la animaron diariamente aún en la distancia del teléfono, mientras, sus amigas le recordaron los días en que Clara resplandecía de alegría. Poco a poco el sol se filtró entre sus iris de almendra. La sopa de fideos recuperó el sabor a hogar y el olor del limón volvió a hacer de su boca agua. Valía la pena continuar y vivir.

Vivir y sentir la caricia del viento al bajar por la calle repleta de niños que van uniformados a la escuela. Vivir y apreciar el olor del atole de guayaba y de los tamales oaxaqueños mientras gira en la esquina de la parada del camión. Vivir y escuchar esa canción de banda que suena en la radio mientras llega a la universidad. Vivir y reírse de ese meme tan tonto. No todo tiene que ser grandioso. No todo está hecho para ser majestuoso. No todo debe ser memorable. *Lo más sencillo es lo menos apreciado, excepto para quien sabe verlo*, piensa Clara mientras ve a la lluvia caer y formar ríos en la calle.

Ahora las mañanas escurren entre las páginas de los artículos en la computadora, donde hay que leer y releer las frases una y otra vez. *Seguramente los que escriben todo eso tienen todo el tiempo de mundo*, piensa. Pero ama estudiar Derecho, no lo puede negar. Y cuando se da cuenta, ya es hora de clase. Entre los salones que siguen en pie va dando forma a su futuro que por varios años ha tejido. Alimenta su esperanza la fecha de su graduación, sólo un par de meses más y podrá ir a donde quiera. Pero, ¿a dónde irá una vez libre?

Siempre ha soñado con Guanajuato. Desde pequeña soñó con visitarlo, pero sus padres nunca la llevaron por un pretexto o por otro. Hace un par de años una de sus amigas fue y le contó de los callejones infinitos, de las casonas viejas, de las noches llenas de luz y de música. Le mostró todas las fotos en las que salían los cerritos llenos de casas amarillas, rojas y naranjas. Sí, un día pasaría las yemas de sus dedos por las paredes de cantera rosa y se sentaría a comer un helado de mandarina frente al Teatro Juárez. Y por la tarde subiría al mirador del Pípila y apreciaría la ciudad desde lo alto.

El tiempo vuela cuando se encuentra en las clases. Clara ve el reloj de nuevo y es tiempo de salir rumbo al trabajo. Realmente disfruta siendo cajera en el supermercado.

Es el único trabajo que se adapta a su ritmo de vida, el único que le brinda las facilidades para acabar su tesis y pagar las cuentas. A veces juega con los demás compañeros para pasar en el menor tiempo todos los productos. Una vez hizo treinta segundos para cobrar treinta artículos. Pero existen veces en que en tres minutos pasa latas, paquetes de sopa, jitomates, una papaya, un código que no se puede leer. Y lo hace a propósito, le gusta ver los rostros de la gente, ¿qué historias guardan?

Unos van ansiosos de haber esperado tanto tiempo en la fila, otros van distraídos y observan los chocolates en los estantes, otros abren los ojos asustados al ver cómo se incrementa su cuenta en la pantalla electrónica. Muy pocos le hacen plática, casi siempre señoras y señores grandes, a lo mucho conversan del clima. Hay tanto por aprender de ellos.

Un caso especial son las madres que llegan a la caja cargando a un hijo en los brazos, mientras que intentan controlar al otro niño en el carrito y al mismo tiempo logran vaciar los productos en la cinta automática. Hay veces en que siente algo dentro de ella, un llamado que no quiere atender. Aún no es tiempo, realmente no le gustan los niños, ¿o sí? Lograr que una cosita de cincuenta centímetros pueda caminar y empezar a decir palabras de la nada, debe ser algo fascinante. Entonces pasa el tiempo y uno se encariña más con ellos, eso es peligroso porque uno termina por amarlos y cuidarlos a costa de uno mismo. Un día, será lo que deba de ser, piensa y sonríe al pequeño que la observa sorprendido.

Ya es noche cuando regresa a casa. Cena a veces cereal con leche y termina de hacer pendientes de la escuela, con miras a completarlos a la mañana siguiente cuando tenga la mente despejada. Cepilla sus dientes y coloca una liga en su cabellera que se ha esponjado a lo largo de la jornada.

Un día más sin tener con quien platicar, hubiera dicho hace unos meses. Pero ha aprendido, finalmente a estar con ella misma, a disfrutar con ella misma los instantes en silencio.

Casi siempre enciende la lámpara del buró junto a su cama y toma ese libro de poemas que tanto tiempo ha intentado terminar de leer. Pero esta noche no se antoja para leer, ni para encender la lámpara, ni para poemas, se antoja para soñar. Se imagina recorriendo los callejones a la luz de sus lámparas naranjas, mientras tararea una vie-

ja canción y siente entre sus yemas el áspero palpitar de la cantera rosa. Y poco a poco va quedándose dormida.

7

—¿Entonces qué pasó con Clara?

—No sé, ayer empacó sus cosas, me entregó las llaves y se fue.

— Le dijo a dónde?

— No, sólo dijo que muy lejos...

Las dos señoras observaron a un pequeño gorrión elevarse de la jardinera del departamento donde vivía la muchacha. Después se despidieron y se desearon un excelente día. Momentos después las escaleras quedaron en silencio.

8

Son las seis de la tarde en el reloj de Clara. Recorre la cortina de la ventanilla y sus ojos de almendra líquida devoran el paisaje que se abre frente a ella. Finalmente, vislumbra a la ciudad de Guanajuato. Los últimos rayos de sol encienden fuego a los cerros que se tornan naranjas, arden las pocas nubes que se acumulan en el horizonte y las casitas adquieren un tono rosado tan vivo. *Ha sido un viaje largo, pero ha valido la pena*, piensa. El asiento junto a ella no lleva pasajero, pero eso es parcialmente cierto, pues ella ya no viaja sola. Clara viaja con ella misma.

Entonces se coloca ese suéter de estambre que tanto le gusta, pues el frío de enero la espera afuera. Quién sabe qué nuevas historias están por llegar, quién sabe qué nuevas cartas por leer, quién sabe que nuevos instantes por vivir. Y saluda a su nueva ciudad mientras murmura ese verso que tanto disfrutó reescribir: *entre las líneas de la noche se encuentran soñadores, conversan corazones, resuenan mil canciones*.

Los últimos rayos de sol encienden fuego a los cerros que se tornan naranjas, arden las pocas nubes que se acumulan en el horizonte y las casitas adquieren un tono rosado tan vivo.